

LA POSMODERNIDAD: GÉNESIS DE UNA BIFURCACIÓN TEÓRICO-CONCEPTUAL

*Shirley Montero Rodríguez**

Recepción: 8 de febrero de 2008 • Aprobación: 6 de junio de 2008

RESUMEN

Este artículo pretende ser una reflexión teórica sobre el debate modernidad/posmodernidad, como aporte integral a los estudios culturales latinoamericanos. En primera instancia, se establecen las razones socio históricas que dan origen a dichos conceptos epistemológicos, para luego abordar sus convergencias y divergencias. Posteriormente, el análisis se orienta hacia las posibilidades discursivas que estos metarrelatos culturales proporcionan a América Latina en la narración que configura su visión identitaria.

Palabras claves: modernidad, posmodernidad, metarrelatos culturales, América Latina.

ABSTRACT

This article seeks to be a theoretical reflection on the debate modernity / postmodern era, as fundamental contribution to the cultural Latin-American studies. First, the socio historical reasons that originate those mentioned epistemological concepts are established, and then it moves toward its convergences and differences. Later, the analysis is orientated towards the discursive possibilities that these cultural *metarrelatos* provide to Latin America, this into the narration that forms its identity.

Key Words: modernity, posmodernity, cultural metarrelatos, Latin America.

* Profesora en la Sede de Occidente
de la Universidad de Costa Rica
[shirleymr02@costarricense.cr]

Introducción al debate modernidad/posmodernidad

No es un secreto que, en los últimos tiempos, se ha desatado un exhaustivo debate en torno a una idea latente en nuestra sociedad contemporánea: el binomio denominado modernidad/posmodernidad. Son muchos los encuentros científicos y los textos críticos, todos ellos un verdadero mar de puntos de vista, que intentan dar explicación a este fenómeno conceptual. De tal manera, para procurar aprehender los postulados generales sobre el tema, resulta inevitable acudir al conjunto de importantes cambios socio-culturales, que de una u otra forma, dirigieron la formulación actual del debate, pues, en las variaciones sobre las formas de ver y percibir el mundo circundante se dictan los cambios y renovaciones de la vida humana.

Inicialmente, la idea de *providencia*, como voluntad divina y/o cuidado que brindaba Dios a sus criaturas, propuesta por el teocentrismo medieval, afirmaba que "...nada se mueve sin la voluntad de Dios...". Esta confirmación de la esperanza religiosa popular es el motor en la búsqueda de un más allá, de un futuro mejor, es decir, la disposición de un plan o programa divino preestablecido por un concededor universal, y constatado por la historia bíblica. Ello marca en el pensamiento de los siglos V al XV un orden social, político y religioso de gran envergadura para los futuros tiempos. Instaure una visión del mundo como un todo armónico regido por esa predestinación: "La idea de progreso fue concebida originalmente como un acercarse a la divinidad [...] La esperanza mesiánica fue uno de los factores determinantes en esta

nueva visión del transcurso del tiempo" (Mansilla, 1992: 18).

Posteriormente, al desplazarse el austero monasterio por las bulliciosas universidades, el *scriptorium monascal* por el *atrio magistral*, aunado al florecimiento de las ciudades y al surgimiento de una nueva clase social (la burguesía), se desencadena un cuestionamiento de la concepción de providencia. Durante el Renacimiento (siglos XV-XVI) se retoma la *razón* de la cultura griega, y según Rojas Osorio, "[...] la razón reina imperiosa por encima de cualquier otra forma de poder. De esclava reprimida que era en la Edad Media, la razón pasó a ser señora represora en la edad moderna" (2003: 17). Por consiguiente: "La concepción religiosa y mitológica de la historia es cíclica. Nada nuevo puede emerger bajo el cielo de los antiguos dioses. La fe en el progreso surge cuando la sociedad, la cultura, la historia son comprendidas como obra humana" (Subirat, 1989: 218). Esto da paso al término *progreso* como énfasis en un movimiento de mejora hacia adelante.

Según David Lyon, tras la Ilustración -en su evitar la ambivalencia y la incertidumbre-, surge la Edad Moderna, y esos múltiples cambios producidos desde el siglo XVI hasta 1789, aproximadamente. La Revolución Francesa y la caída del socialismo burocrático de estado (1789-1989) expresan entonces, desde el punto de vista político, la búsqueda de un mundo racionalizado (1997: 21). El orden y el control son parte de esta sociedad moderna que promueve un proyecto claro: el progreso, mediante la innovación técnica y los avances científico-tecnológicos, los cuales llegan a alterar la vida cotidiana del ser humano. Desde lo económico, su motor principal es el capitalismo, y su correspondiente industrialización.

El período moderno se entendió a partir de la Revolución Francesa, hasta nuestros días. En un marco donde se ubican, entre otros acontecimientos relevantes: el desmesurado crecimiento técnico-científico, a partir de las dos guerras mundiales, su riguroso enlace con el aumento en las telecomunicaciones, y el capitalismo orientado hacia el consumismo.

Marsall Berman propone tres etapas de la modernidad: los inicios abarcan los siglos XVI al XVIII, donde sólo se experimentaba vagamente la idea de *moderniste* recién propuesta por Rousseau; la segunda fase está marcada por la Revolución Francesa, de 1790 hasta el siglo XIX; finalmente, el siglo XX, cuando el proceso de modernización se expande mundialmente (1989: 68-69). No obstante, Mercedes González prefiere ver un desdoblamiento de la modernidad: producto de la Revolución Francesa y la Ilustración, hasta finales del siglo XIX, se fundamenta la idea de progreso; luego, de inicios del siglo XIX a la actualidad, donde el ideario de cuatro pilares del pensamiento -Marx, Freud, Einstein y Nietzsche-, contribuyó al malestar y crisis desatados durante la época de preguerra y posguerra (1998: 116). Ambos autores establecen la dicotomía: modernidad/posmodernidad en el último momento histórico de la Modernidad.

La noción de posmodernidad ha sido vista desde diversas perspectivas: como un cuestionamiento de las doctrinas heredadas, para unos; como consecuencia extrema de la modernidad, para otros; como una continuación de la modernidad misma en su calidad de vanguardia estética no acabada, para unos terceros; y/o como agotamiento de la modernidad misma y su ruptura radical, para los últimos.

La opinión de teóricos como Lyotard, Jameson, Berman, Lyon, Anderson, -un poco más reciente- Fischer Lischte y Catalina Gaspar, remite el inicio aproximado de la posmodernidad hacia el final de la década de los años cincuenta o principios de los años sesenta: "...los descubrimientos de la ciencia y de la técnica, en su estrecha interacción recíproca y en sus secuelas sobre el modo de producción y sobre las formas organizativas de la sociedad de masas, han calado profundamente sobre nuestra experiencia de vida, modificando nuestra visión del mundo y de la historia" (Crespi, 1989: 230).

Los años sesenta fueron un momento de evaluación, un rompimiento de las reglas sociales, según González, cuando se manifestó algo más que la irracionalidad de las drogas: "Sintonízate, ilumínate... deserta... Esta frase del santón de la época, Timothy Leary, entrañaba algo más que un viaje con LSD; significaba prestar atención a la realidad interna de cada cual y a su vez implicaba la deserción del sistema. ¿Acaso proponía una deserción de la modernidad como concepto de progreso y vanguardia?" (1998: 115). Esta época desliga el fenómeno que conllevaría una inevitable crisis, y un irremediable cuestionamiento de los valores establecidos. En los inicios de la Guerra Fría, con el mundo de las comunicaciones, las imágenes (televisión), y los vuelos espaciales, se comienza a variar el orden socio-cultural mundial. Luego, en la década de los años setenta, algunos críticos y artistas consideraron que se estaba superando la modernidad, y se iniciaba un nuevo período, así: "Impelidos por esa necesidad humana de buscarle designaciones o etiquetas a las épocas, muchos la van a llamar posmodernidad, término acuñado por primera vez en el campo de la arquitectura..." (González, 1998: 121).

Según Perry Anderson, es el ingeniero egipcio Ihab Hassan quien emplea por primera vez el término, como parte de un interés por la alta modernidad reducida a un mínimo expresivo, lo cual denominó “literatura del silencio”, y luego publicaría en un artículo de revista con el nominativo *postmodernism*. Bastó esta palabra para desatar una discusión más allá de las fronteras geográficas e intelectuales. Modernidad y posmodernidad fueron abordadas desde múltiples perspectivas: filosófica, social, arquitectónica, estética, económica, política, histórica, cultural. No obstante, estos dos últimos niveles -histórico y cultural-, son los que mayor proyección han tenido desde las ciencias sociales.

El término posmodernidad fue retomado, al final de los años setenta, por Jean-François Lyotard para asociarlo, ahora, al surgimiento de la sociedad pos-industrial, y al fin de la modernidad (Rodríguez, 2002: 73). Esto implicó, para el teórico francés, la pérdida de credibilidad en aquellos relatos fundamentales de la modernidad, donde la humanidad era el agente heroico de su propia liberación mediante el avance del conocimiento-razón, y el despliegue progresivo de la verdad (Lyotard, 1989: 160). Lyotard entendió la posmodernidad, entusiastamente, como solución histórica para revolucionar el ideario social, y hacer crítica del poder capitalista al incorporar lo *imrepresentable*, que era excluido por el realismo y la vanguardia de la modernidad (1989: 166). Su propuesta inicial, configuró en Lyotard un hito precursor de la posmodernidad y del debate implícito.

Esta propuesta conceptual de posmodernidad como fin de la modernidad, fue aplaudida por el italiano Gianni Vattimo, para quien la sociedad de la comunicación masiva originó un pluralismo y una

liberación tal que produjo el desarraigo. El ideal de hombre racional de la modernidad había sucumbido ante la oscilación constante entre pertenencia y desasimiento (1990:19). Esto genera, según el teórico, una crisis en la idea de progreso, de historia unitaria, y da paso a la pluralidad de culturas, al mundo múltiple ya no unificado de la modernidad (1990:17).

En forma similar, Jean Baudrillard planteó la posmodernidad en términos de lo que llamó un intercambio simbólico, alusión directa a lo político y económico del mundo globalizado. Aunque, definitivamente, abrió las puertas al estudio de lo simbólico, del simulacro en las relaciones del capitalismo. El simulacro sería el ligamen con la representación cultural de su propuesta socio-política sobre posmodernidad.

Jürgen Habermas, por su parte, no acoge con beneplácito el nuevo término. Expone la posmodernidad como antimodernidad, y tilda de *neoconservadores* a sus teóricos. En los ochentas, este principal opositor de Lyotard, indica que el error de los neoconservadores radica en confundir modernidad estética y modernización capitalista, pues, su descontento es por las consecuencias de la modernización, no de la modernidad. Es decir, poseen un “descontento con la esfera de la acción comunicativa (racionalidad comunicativa) cuando se ve atravesada por la modernización de la racionalidad económica y administrativa” (1989: 142-143). El teórico alemán insiste en la diferenciación entre las esferas kantianas de la ciencia, la moral y el arte, como contexto histórico, por lo cual, la modernidad seguía en su calidad de vanguardia. Así, el proyecto de la modernidad era perfectamente vigente, para él aún no había acabado (1989: 131).

En su texto *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Frederic Jameson percibe la posmodernidad como el arte de una época que instaaura una nueva realidad, a partir de señales culturales de un nuevo estadio histórico. El término concierne -según él- una posición política capitalista en su manifestación cultural, como tal no es más que una expresión estética superficial, una apoteosis del capitalismo, y un nuevo arte político (1995: 15).

Menos mordaz ante la propuesta cultural, pero igualmente negado al término posmodernidad, Anthony Giddens establece la circularidad de la modernidad y su estadio actual de radicalización. *Consecuencias de la modernidad* es un texto donde se explica la transición de la modernidad a un nuevo orden exacerbado de esta (1999: 52).

A finales del siglo XX, el debate puede apreciarse en dos autores claves: Perry Anderson y Marshall Berman, críticos cuyas posiciones encontradas, y análogas a veces, ejemplifican la situación.

Berman concibe la modernidad como el nexo entre la modernización (procesos sociales del siglo XX) y el modernismo (conjunto de valores y visiones), donde este último libera al artista de la sociedad moderna. Así, la modernidad -con sus voces primeras: Nietzsche y Marx- implica el modernismo como revolucionario, ya que, provee de los instrumentos necesarios para re-valorar y re- visar la modernidad (1989: 68-75).

La ausencia de una periodización sobre la trayectoria de la modernidad es la principal crítica que Anderson le hace a Berman, en tanto que, lo considera contrario al proyecto unificador de la misma. Así, considerar la modernidad como revolución, conlleva no hacerla permanente,

sino atribuirle un carácter cambiante, de progreso o desarrollo. Esta idea sólo puede explicarse con una correcta periodización rectilínea, sin embargo, al estatizar la modernidad en lo nuevo, se impide esa posibilidad (Anderson, 1989: 98-99). En este sentido, Anderson establece que la modernidad cultural de Berman no puede ser sinónimo de revolución, pues se le atribuye una variedad de relaciones con la modernidad capitalista, y se origina así una divergencia sustancial entre arte-pensamiento, práctica-teoría (Anderson, 1989: 100-101).

La modernidad, entendida como diversidad de prácticas estéticas -apunta Anderson inicialmente-, se vuelve vacía de contenido, "no designa un objeto descriptible", y en consecuencia, la posmodernidad sería el vacío de un vacío (1989:114-115). "Ninguno de los dos [refiriéndose a Lyotard y Habermas] intentó una verdadera interpretación histórica de lo posmoderno, capaz de determinarlo en el tiempo o en el espacio. En su lugar ofrecieron, como señales de su aparición, unos significantes más o menos flotantes o vacantes... Paradójicamente, para ambos un concepto temporal por definición carece de peso periódico" (2000: 65). De ahí, Anderson propone tres coordenadas históricas para el modernismo: primero, un academicismo formalizado e institucionalizado; segundo, la aparición incipiente y novedosa de las tecnologías-invencciones de la segunda revolución industrial (telefonía, radio, automóvil, aviación); y tercero, la proximidad imaginativa de la revolución social (1989: 102-103).

Como respuesta a la crítica anterior, Berman piensa el binomio modernidad-posmodernidad como una modernidad inicial y una modernidad continuada. En

este caso, ambas concepciones forman parte de un mismo fenómeno, ya que son lecturas de la historia. La modernidad es para él un torbellino, el cual debe ser apropiado por el ser humano, para obtener el poder de cambiar el mundo, y que de hecho lo está cambiando. Estipula que Anderson se equivoca al ver la modernidad, en su carácter de revolución, como fin espiritual. Esta no es negativa ni vacía, es sólo desengaño que lleva al crecimiento cultural. La esperanza está en acomodarnos a ese torbellino y apoderarnos de él (Berman, 1989: 119).

Para Anderson no es posible ver la modernidad -inicial o continuada- como revolución, bajo la óptica de períodos fragmentarios en la historia cotidiana. Para este teórico, revolución implica un cambio significativo en el orden establecido y su sustitución por otro. Así, una auténtica cultura socialista debe ser multiplicadora de lo diferente, no sólo la búsqueda de lo nuevo como lo que viene después (1989:113).

En síntesis, las visiones del horizonte actual son: para Anderson la modernidad-revolución es vacía y acabada, murió; para Habermas es abierta y cargada de posibilidades, la modernidad está en la cotidianidad. Luego, en *Los orígenes de la posmodernidad*, este teórico tacha las críticas, hacia la noción posmodernidad, como equívocas cuando se le reduce a una mera periodización, pues, como fenómeno quizá haya sido relevado, pero, no así como idea (2000: 8). De tal manera, Maliandi propone una ampliación del concepto de razón como *diálogo crítico*, donde el disenso entre modernidad/posmodernidad no es más que parte de ese encuentro de opuestos (1993: 65).

El prefijo “post” y la cuestión actual del debate

Del latín *post* que significa *detrás* o *después de*, este prefijo ha originado una multiplicidad de posturas teóricas dentro del debate modernidad/posmodernidad. Su propia semántica sólo indica locativo, mas no deriva contradicción con el elemento anterior a su ubicación, por lo cual, simplemente genera una idea de encadenamiento sucesivo de una unidad con otra. Igualmente, su etimología tampoco sugiere que las partes ubicadas a través de este prefijo, necesariamente deban ser opuestas. Sin embargo, la linealidad se ha manejado asociada a la idea de tiempo cronológico, atando sucesos contrarios entre sí hasta formar esta red conocida como Historiografía. Ejemplo claro del pensamiento binario jerarquizador de la sociedad son los siguientes opuestos: positivo/negativo, hombre/mujer, civilizado/bárbaro, arriba/abajo, blanco/negro, moderno/posmoderno. Estos elementos –dice Richard- deben ser entendidos como registros, los cuales van más allá de un nuevo orden de las cosas. Son problemáticas de lectura, relecturas, y no solamente de etapas (1994: 213).

La morfología de la palabra posmodernidad va más allá de la estructura y logra alcanzar una amplia gama de significaciones. El morfema *post* parece tratar de persuadir sobre la existencia de un futuro, dice Tomás Maldonado, como costumbre en la sociedad de organizar todo bajo los mismos parámetros. Sin embargo -insiste Maldonado-, el problema es más complejo que la nomenclatura usada. El prefijo por sí mismo produce ambigüedad y confusión, al derivarse del racionalismo funcionalista de la Arquitectura. Por ello, modernidad y

posmodernidad, como metarrelatos culturales, no necesariamente deben ser incompatibles, y mucho menos repudiarse (1989: 263-264).

Bajo este entendido, modernidad y posmodernidad -desde el nivel histórico y cultural- deben abordarse como continuidades en permanente diálogo, convergentes y divergentes. Estas propuestas discursivas no deben ser limitadas a mutuo rechazo. De este modo, dice Anderson, hay quienes insisten en que: “Se ha cerrado la brecha entre el nombre y el tiempo” (2000: 128). Asimismo, Maliandi retoma las palabras de Umberto Eco, e indica que cada época tiene su posmodernismo en su momento de crisis, es decir, no es un simple momento epocal, sino, un *modo de hacer* (Maliandi, 1993: 31-32).

Otra situación se presenta: La *posmodernidad* se ha referido, esencialmente, a: agotamiento de la modernidad -según críticos como Lyotard, Vattimo, Baudrillard, Follari-; a su furor -para otros como Jameson y Giddens-; a la simple continuidad de la primera -según Habermas, Berman, Brünner-; o a un discurso socio-cultural más allá de fases históricas -Richard, Lanz, Gutiérrez Mouat, Hopenhayn. Ante todo, el término nace a partir de una serie de cambios sociopolíticos que ponen en tela de juicio los modelos anteriores. Expone una nueva sociedad cuyos contornos son difíciles de definir, con nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que a su vez facilitan los procesos de globalización y consumismo, dando paso a la creación de imágenes (televisión) heterogéneas, sin profundidad y oscilantes entre lo local y lo global.

Lyon considera el vocablo posmodernidad ubicable dentro de una nueva fase

del capitalismo (1997: 22), y Lyotard lo define de la siguiente manera:

...se tiene por ‘posmoderna’ la incredulidad con respecto a los metarrelatos. Esta es, sin duda, un efecto del progreso de las ciencias; pero ese progreso, a su vez, la presupone. Al desuso del dispositivo narrativo de legitimación corresponde especialmente la crisis de la filosofía metafísica, y la de la institución universitaria que dependía de ella. La función narrativa pierde sus functores, el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos y el gran propósito. Se dispersa en nubes de elementos lingüísticos narrativos, etc., cada uno de ellos vehiculando consigo valencias pragmáticas *sui generis* (Lyotard, 1998:10).

Giddens apunta que: “El posmodernismo, si es que quiere decir algo, será mejor referirlo a estilos o movimientos de la literatura, la pintura, artes plásticas y la arquitectura. Conciérne a aspectos de reflexión estética sobre la naturaleza de la modernidad” (1999: 52).

Samuel Arriarán establece una nomenclatura que facilita, en cierta medida, la discriminación: “La *modernidad* se entiende como una etapa histórica. La *modernización* como un proceso socioeconómico que trata de ir construyendo la modernidad, y el *modernismo* como el proyecto cultural que trata de seguir a la modernidad” (1997: 155). Por analogía, así se asumen los términos posmodernidad, posmodernización y posmodernismo.

Efectivamente, posmodernidad tiene una semántica más general, se refiere a procesos y posicionamientos socio-culturales, de ahí se puede unir al concepto de modernidad; y posmodernismo adquiere un significado restringido a la producción estética. Pero esta visión es estrecha ante la particularidad latinoamericana en su literatura: el posmodernismo surge en América Latina, como contrario al modernismo iniciado alrededor de 1884 y extendido hasta aproximadamente

1904, cuyos iniciadores fueron el escritor, abogado y héroe cubano José Martí, y el poeta nicaragüense Rubén Darío.

A pesar de existir propuestas para incorporar lo diferente o plural, como la de Berman (modernidad continuada) o la de Anderson (auténtica cultura socialista), una exclusión sustancial se presenta en sus planteamientos: El uso indistinto de los términos *modernidad* y *modernismo*, sin atender a la historiografía de los movimientos literarios (los llamados -ismos) en América Latina.

Lo cultural, como una manifestación absolutamente humana, asume el papel que le dicta su tiempo. Sin embargo, es fundamental evidenciar que, al tratarse aquí el debate modernidad/posmodernidad ya no como polos opuestos, sino, como ejes discursivos enriquecedores del diálogo socio-cultural de nuestra época, cabe señalar la posmodernidad como un seguimiento de las formulaciones de la modernidad, con similitudes y diferencias entre ambas, pero, ante todo como posibilidades de múltiples presentaciones y representaciones. Es decir, se vuelven así plurisignificativas.

Superada la efervescencia inicial, en 1986 Lyotard explica la posmodernidad como una “reescritura de ciertas características que la modernidad no había querido o pretendido alcanzar” (1986: 32). El teórico francés propone el concepto *fin de la modernidad* –trazado en su primera propuesta-, ya no sólo como *final*, sino también como *propósito*. Por ende, el prefijo *pos* no sería indicativo de *después*, sino, de *re* como *vuelta al inicio* (Lyotard, 1986: 25). Modernidad y posmodernidad pueden ser entendidas, dentro de las ciencias sociales, como intentos por comprender y organizar las sociedades occidentales, los cuales rebasan lo social para configurarse cada

uno en matriz. No son sólo períodos circunscritos cronológicamente, exceden lo histórico. Se entienden como paradigmas epistemológicos, donde a veces se emplean en términos de periodización, pero que van más allá, cuando se cargan de nociones aplicables sin restricciones temporales.

En pleno inicio del siglo XXI, tal parece que aún no se llega a un consenso pleno en este debate. Quizás, se deba al empeño humano por reducir los procesos socio-culturales, amplios y diversos, a cajones donde almacenar datos, fechas o acontecimientos. En tanto no se considere cada denominación como verdaderos discursos, desde los cuales se puede posicionar el sujeto para interpretar su entorno, se seguirá dando vueltas en círculo persiguiendo cada cual su propia cola.

Expresa Ortiz:

[...] la modernidad no es sólo un tipo de organización social, es también una narrativa, una concepción del mundo que se articula con la presencia real o idealizada de elementos diversos [...] la idea de modernidad se irá transformando a lo largo de la historia, a cada momento, en función de acontecimientos políticos, económicos y sociales; irá tomando diferentes formas (2000: 45).

Es hora de que estas polaridades terminológicas sean vistas y entendidas como discursos dialógicos -en el sentido bajtiniano-, los cuales convergen y divergen dentro de la sociedad actual; y no por eso se anulen mutuamente, contrariamente, se complementen a partir de las razones sociales que les dieron origen.

Los desencuentros del debate: Algunos puntos de divergencia

“Esquivo” es el primer calificativo que Nelly Richard le adjudica a

la posmodernidad; “configuración dispersa”, es el segundo: “...mezcolanza de modos (las sospecha en filosofía; la parodia y el simulacro en estética; la deconstrucción en teoría crítica; el escepticismo en política y el relativismo en ética: el sincretismo en cultura) y modas (el collage de estilos y la cita del pasado en arquitectura; el desencanto postmarxista; el jugueteo narcisista y la distensión cool; el eclecticismo neutro en el juicio cultural y el pluralismo blando en la concentración social)” (1994: 210).

La primera y esencial ruptura, planteada por los teóricos de la posmodernidad, se centra en el profundo cuestionamiento que realiza del discurso logocéntrico moderno. La razón científica, como institucionalización de una verdad absoluta y aprehensible sólo mediante los sentidos, se desvirtúa en la posmodernidad. Surge de inmediato la desconfianza y el escepticismo hacia todos los discursos establecidos (filosófico, religioso, político, educativo, y otros).

Tal como lo plantea Carlos Rojas Osorio: “Los metarrelatos son a las sociedades modernas lo que los mitos a las sociedades tradicionales. Los metarrelatos son discursos totalizadores en los que los miembros de una sociedad encuentran legitimación y justificación de sus instituciones sociales, económicas y políticas” (2003: 16). En este sentido, cuestionar lo aceptado como racionalmente verdadero desestabiliza todo el panorama homogéneo hilvanado y preestablecido.

Lyon señala: “...no existe ningún fundamento metodológico seguro; las certidumbres de las ciencias se han derrumbado. De hecho, el conocimiento tal y como lo concibieron los modernos se ha desvanecido: ya no son posibles las descripciones del mundo [...] El abismo

lingüístico entre descripción y realidad, y la interacción de poder y discurso significan que la ciencia es sospechosa en más de un sentido: o bien es mera superficie o simplemente poder (1997: 114). Apocalíptico, este autor promulga cómo la ciencia ha ido perdiendo credibilidad y fiabilidad, siendo ella la base de la razón. Son tantas las interrogantes sin respuesta, las enfermedades sin cura, los problemas sin solución tangible, al final, la infinita vacuidad del conocimiento humano se retomó, pues, la razón y la ciencia no lograron llenar el enorme sitio psico-social de seguridad y estabilidad.

La humanidad se topa de frente con el agotamiento de esa hermosa utopía, donde todo tenía respuesta, solución o cura, por medio de la ciencia o la tecnología. Se refleja en los espejos de sus propias miradas, hallando ahí múltiples inquietudes irresueltas, y muchas más surgiendo a cada instante. Una sensación de escepticismo e incredulidad sobre la llamada realidad, en la cual discurso y praxis no siempre se unen, por el contrario, se separan más en todos los ámbitos, político, económico, científico, estatal.

En ese cuestionamiento o relativización del proyecto de la modernidad, se ve una nueva ruptura: el control propiciado por una ética moderna, límite de un comportamiento racionalizado (camino trazado) con un centro (aceptado) y un margen (inaceptado), se desarticula. Los valores inamovibles comienzan a ser revisados, re-planteados y re-configurados en muchos casos. Por ejemplo, surge una llamada ética del individualismo o del derecho a ser, que acarrea la aceptación de otras formas plurales, antes consideradas como marginales o periféricas. La heterogeneidad tiene su lugar ahora, y no se puede hacer una moral, ya que la

moral supone la razón y no se cree en ella, sino en muchas. Mansilla advierte:

La moralidad anteriormente estaba marcada y regulada por instituciones de origen más o menos arcaico, como la iglesia y el ejército. El deterioro que ha sufrido la autoridad casi sagrada de estas instituciones y de sus funciones otrora soberanas ha privado al Hombre de importantes reglas de actuación y modelos de praxis cotidiana, lo que conduce, por otra parte, a que las energías internas acumuladas se descarguen en proceder anómicos o en un envanecimiento de la subjetividad, a veces de marcado cuño hedonista (Mansilla, 1992: 62).

A pesar del apocalíptico llamado de la posmodernidad, apunta Wellmer, que esta es una especie de explosión de la episteme moderna, donde se reconstruyen los conceptos de razón y sujeto (1989: 321). Por ende, el concepto totalizador de cultura se fragmenta, y quedan abiertas a múltiples posibilidades, realizaciones, visiones. Es la incorporación de lo vedado y tabuizado, y emerge la heterogeneidad cultural, la cual “significa el abandono de la racionalidad, esta herencia más valiosa de la Ilustración” (Kohut, 1997: 13).

Se desvanecen los límites de esos “mapas cognitivos” de las relaciones sociales, como los denomina Jameson, y se dificulta trazar un lindero exacto. Con ese mundo híbrido, se llega a lo que en arquitectura se conoce como populismo estético: “...ruptura entre la cultura élite y la cultura de masa, o cultura intelectual y cultura popular” (Jameson, 1995: 12). La incorporación de elementos hasta entonces exóticos se asume, y llena el mundo cultural de colores, espejos, formas, nociones, miradas, todas ellas ampliación del esquema rígido de la modernidad ilustrada.

Este múltiple mundo cultural se torna complejo en significaciones, enriquecido mediante la vastedad de posibilidades. Sin

embargo, algunos teóricos como Lyon, convierten en absolutos esos conceptos bajo un determinismo histórico, y confunden esa apertura cultural con una noción de pérdida y desesperanza apocalíptica.

Esa nueva mirada sobre lo cultural (para algunos inherente al consumo, medios masivos de comunicación y acelerado crecimiento del universo cibernético), permite la aparición de términos como: pastiche, simulacro, collage, parodia, carnaval, o sea, diálogo permanente. Lo preestablecido, lo monológico, sigue ahí, no desaparece, pero comparte un sitio epistemológico con esa otra parte mezclada, escéptica e inclusive irreverente. Todo este panorama ha hecho desaparecer la diferencia moderna entre sujeto/objeto, donde el primero tenía absoluto control sobre el segundo. La posmodernidad plantea una ruptura en esa relación, y propone que tanto el sujeto controla al objeto, como este controla a aquel. Pues, inmersos como están en el universo de las telecomunicaciones, se va instaurando cierta dependencia de los objetos que nos rodean (televisión, telefonía, energía eléctrica, agua potable, internet). Resulta innegable que se promueve una sociedad donde predominan las imágenes anteriores, coetáneas y futuristas, sociedad heterogénea y laberíntica. En sí, esto es la posibilidad del relativismo, donde la verdad unívoca cambia por las verdades potenciales. Un mismo fenómeno puede variar según la posición desde donde se le vea, para Jameson, “...somos cada vez menos capaces de modelar representaciones de nuestra propia experiencia presente” (1995: 52). Los individuos, como sujetos socio-culturales, están atravesados por estas situaciones circundantes, y esto se observará en el

producto cultural. Por momentos, ¿se es sujeto u objeto de dichas circunstancias?

El impacto globalizador de los medios de comunicación, implica tener noción de lo que ocurre a largas distancias, y esto cambia la idea de historia: "...no sólo crisis del mundo histórico, sino de la noción histórica del mundo" (Maliandi, 1993: 28).

La historia como linealidad, e integrada a la noción de progreso, desaparece en la posmodernidad. Lo local y lo global ya no poseen límites claros y se percibe una fragmentación, circularidad y desarticulación del discurso histórico. "La pérdida de fe en el progreso es, desde luego, uno de los factores que subraya la disolución de la gran narrativa de la historia..." (Giddens, 1999: 23), esto se enlaza con lo que el autor denomina como "la separación del tiempo y el espacio". Surge un espacio vacío, en términos del distanciamiento entre lugar (sitio geográfico) y espacio, lo cual produce un desanclaje (1999: 30). Jorge Larraín Ibáñez explica que el vínculo entre cultura y territorio se rompió, a partir de la creación de un nuevo espacio cultural electrónico sin lugar geográfico específico, la llamada globalización cultural: Hegemoniza otras culturas sin disolverlas, opera a través de ellas (2000: 30).

El proceso globalizador entra en juego y logra generar esa inquietud permanente. ¿Cómo opera el espacio ahora? Para Larraín Ibáñez, lo global no reemplaza lo local, sino que lo local opera dentro de la lógica de lo global. Esto quiere decir que la multiplicidad cultural no se ha de perder, simplemente los diversos productos culturales serán reunidos y transportados de un sitio a otro, pero bajo el sello de mercancía (2000: 31). Ventaja o desventaja, ganancia o no, el abismo en el límite

lugar-espacio aumenta, y la hibridez está cada vez más latente en el concepto de posmodernidad, desde el punto de vista cultural.

Igualmente, el tiempo no es más que un simple convencionalismo social, por lo que también se cuestiona su formulación. Ya no existen determinantes para justificar nuestra presencia y situación en esta aparente realidad o realidades (posicionamientos). El tiempo puede ser otro engaño en este mundo de imágenes creadas. Incluso, puede ser una forma más de control social del poder, por eso, se hace sospechoso y pierde credibilidad. Para Eduardo Mendieta, el panoptismo de la modernidad radica en la concepción temporal cronometrada hacia una meta: el progreso, y se convierte en algo así como una cárcel a la cual todo individuo está atado (1998: 248). Por consiguiente, la ruptura de la linealidad historia-espacio-tiempo, lleva definitivamente a la negación del progreso, o sea, a la negación del proyecto modernizador como mecanismo centrífugo y excluyente, en el sentido socio-cultural.

Huyssen habla del posmodernismo como una cultura de la resistencia, donde "...no vuelve obsoleto al modernismo. Por el contrario, lo ilumina con una luz nueva, se apropia de muchas de sus estrategias estéticas insertándolas en otras constelaciones" (1989: 308). Así, ese desasosiego generado por el cuestionamiento de lo establecido en la existencia racionalizada, provoca una re-visión sobre su propia imagen identitaria al terminar el siglo XX, uno de los más violentos y sanguinarios conocidos por la humanidad.

Dentro de su complejidad, el debate es un lente interesante para ver el mundo con ojos y colores diferentes. Esta forma de relato cultural (descentralizador) puede

aprehenderse, mediante el lenguaje-narración de la literatura:

La posmodernidad es la crisis y el abandono de la búsqueda de la unidad de la razón, los yo, las sociedades, la historia. De aquí su celebración de lo heterogéneo, lo híbrido, lo Otro [...] con respecto a los medios y máquinas epistémicos, es la denuncia de la imposibilidad de la pureza y la transferencia de la representación y la percepción, donde el Lenguaje no es solamente una herramienta para la fiel representación del mundo, sino que la real condición de posibilidad de su experiencia, su nombramiento. El lenguaje no es aleatorio a la experiencia, es su sine qua non. La estructura, la forma, el esquema, son contaminados por la arbitrariedad, indocilidad, duplicidad y nebulosidad del lenguaje (Mendieta, 1998: 251).

Algunas conclusiones sobre América Latina y su propia voz dentro del debate

“Los pueblos que forman la América Latina reclamaron en el siglo XIX su independencia como condición ineludible para ingresar a la Modernidad encabezada por los grandes centros de poder capitalista en la Europa Occidental y Norteamérica” (1991: 63), escribe Leopoldo Zea sobre una cuestión que sigue generando problemas para plantearla concretamente: ¿Ha llegado finalmente Latinoamérica a la posmodernidad, o incluso, a la modernidad misma? Esta incógnita abre una brecha difícil de transitar dentro de los estudios culturales latinoamericanos.

Múltiples son los puntos de vista y las opiniones que plantean y replantean un episteme u otro, e incluso quien las niega rotundamente en esta latitud. No obstante, el debate iniciado en Europa y Norteamérica sobre estos metarrelatos culturales también se instauró en nuestros pueblos.

El asunto sobre cómo abordarlo lleva, de una u otra forma, al escrutinio sobre los procesos de formación de estos pueblos latinoamericanos. Por consiguiente, se debe partir del momento cuando el mapa terráqueo fue agrandado, mediante la incorporación de las supuestas “Indias” de Cristóbal Colón. Es decir, a partir del momento en el cual América Latina nace como alteridad de los centros de poder europeos, pues a pesar de ser su nuevo proyecto nunca dejó su ligamen indígena, marca indeleble de su barbarie y marginalidad.

Indiscutiblemente, el denominado Nuevo Continente, y específicamente los sitios colonizados (y/o devastados) por españoles, portugueses y franceses, siempre han sido vistos por los ojos europeos como la representación de lo exótico e inescrutable. Asimismo, durante el mal llamado Descubrimiento (¿de ellos hacia nosotros?, o ¿de nosotros hacia ellos?), las tierras latinoamericanas fueron pobladas por sus miedos, sus monstruos, sus artificios, sus herejías; es decir, al margen de lo que para Europa era concreto, estable y conocido. Ante la mirada atónita del europeo, el Nuevo Mundo se convirtió, entonces, en su posibilidad de rehacerse, reconstruirse a través de la creación imaginaria de una “utopía”. América sería a partir de ello, una condición y un proyecto europeos, nos explica Mendieta (1998: 244).

Eduardo Mendieta esclarece un poco más sobre el término de la América utópica proyectada por Europa, cuando escribe que: “[...] es la cristalización de la alteridad [...] codificada como un cronotopo ideal. Pero, del mismo modo que no hay espacio absoluto abstracto, como estableció Lefebvre, tampoco hay un cronotopo ideal absoluto. Todo lo que hay son diferentes configuraciones

de cronotopos ideales producidos bajo condiciones históricas muy específicas” (1998: 244). La utopía es y será siempre un ideal, por lo cual ubicarla en un lugar y tiempo concretos, en el mapa, provoca el derrumbamiento de ese horizonte de expectativas: “...habrá abandonado su función de non plus ultra [...] Utopía se refiere a un no-lugar, su espacio de narración está inconfundiblemente localizado” (1998: 242-243).

América Latina fue puesta al margen de una visión de mundo donde el borde del mar tenía un precipicio, y por analogía histórica, continúa siendo un borde, un precipicio, un segundo o tercer lugar, alejado de ese centro (Occidente) que trata de proyectar sus deseos o aspiraciones en ese espacio, como posibilidad material. La marginalidad latinoamericana incluye, gratuitamente, la etiqueta de alteridad; sería desde ese momento lo otro.

Larraín Ibáñez sintetiza esta demarcación del Otro en tres dimensiones: el pasado contrapuesto a la construcción de un proyecto nuevo; aquel que en la propia sociedad no cumple con algún requisito básico (desde la modernidad el opuesto razón-civilización); y en la dimensión espacial, el que vive fuera, el bárbaro o primitivo (no civilizado) (2000: 91-92).

Esta definición marca, definitivamente, a América Latina como la alteridad en cada una de las tres dimensiones propuestas por Larraín Ibáñez. Nuevo proyecto, pero indisoluble con el pasado (indígena o europeo), periferia alejada de las metrópolis (España, Francia, Portugal, luego Estados Unidos), y en consecuencia, la barbarie pura: incivilizados, salvajes, desnudos, lenguas extrañas, herejes (más adelante, subdesarrollados).

A pesar de todo, América Latina sería lo desconocido y temible, por consiguiente, lo necesariamente domable. Así, en la fascinación por su descubrimiento, Colón como Adán, reencuentra el paraíso terrenal en el Nuevo Mundo, donde debe bautizar con nombres la nueva naturaleza, pero “...no percibe al otro [americanos], y le impone sus propios valores, pero el término que más frecuentemente emplea para referirse a sí mismo y que usan también sus contemporáneos es: el Extranjero...” (Todorov, 1987: 58). Por consiguiente, si “...el descubrimiento de América es lo que anuncia y funda nuestra identidad presente [...] no hay ninguna otra [fecha] que convenga más para marcar el comienzo de la era moderna que el año 1492...” (Todorov, 1987: 15), ¿cómo se define, entonces, ésta?

La interiorización de una auto-imagen subyugada, subcultura, submundo, caló hondo a lo largo de más de trescientos años de opresión. Tanto así que la Independencia inicia bajo la alegoría de surgir y prosperar, pero siguiendo el modelo eurocéntrico de progreso. Imitación de un entorno geográfico e histórico, que de ninguna manera se asemejaba a las Tierras Nuevas. América Latina continuaba siendo el espejo imaginado por Europa. ¿Cuál era entonces la identidad latinoamericana?, ¿qué era esta tierra al final de la Colonia?, ¿una mezcla de dolor y confusión?, ¿una vorágine de elementos diferentes, todos juntos en un mismo territorio?

Desde el punto de vista histórico, el siglo XIX latinoamericano concibe una pugna por incorporar los nuevos estados independientes a esa tan deseada modernidad europea, y demostrar así, las posibilidades de esta parte del continente con origen latino. Sin embargo, según

Scannone, en el Viejo Continente dicha modernidad contempló tres etapas: el siglo XVII y la sociedad ilustrada bajo la lógica de la racionalidad; el siglo XIX y parte del siglo XX con una sociedad más sistemática; y finalmente, la última parte del siglo XX con una sociedad técnica o posmoderna (1992: 14-17). Por lo tanto, sin mucho esfuerzo se puede marcar un enorme distanciamiento temporal entre Euro-centro y Latino-margen, en el sentido de que “[...] si se acepta la convención sobre modernidad como proceso con diferentes fases, hay muchas razones para pensar que en América Latina habría una modernidad con dos períodos: 1. el de la cultura moderna-decimonónica [...], 2. el de la cultura moderna de masas que se inicia desde el período de entreguerras hasta los sesenta (en los países más atrasados)” (Brünner y Gomáriz, 1991: 68).

Renato Ortiz insiste en que la modernidad latinoamericana decimonónica, fue vista como un valor en sí, y no en forma crítica, por lo cual valorarla no implicaba obtenerla (2000: 54-55), y éste era precisamente el error. La modernidad era la búsqueda de lo moderno mediante la modernización (industrialización) (Mendieta, 1998: 246), y para las metrópolis se obtenía con la adecuación artística a la propia transformación de la sociedad; en América Latina, en cambio, no podía ser calco mimético, ya que debía ser adquirida mediante sus propias condiciones sociales.

La modernidad latinoamericana, por lo tanto, se llegó a designar como inacabada o irresuelta, además de imitativa. Esto, bajo el supuesto de que, atrasados temporalmente en cuanto a los procesos de las otras latitudes desarrolladas y progresistas, en este lado del Océano Atlántico, lo que ha existido es una modernidad periférica.

Tal como lo apunta Nelly Richard, la tradición y la simbología popular, presentes en las antiguas colonias, según algunos, se convierten en elementos que contradicen el vector de la modernidad, el progreso (1994: 215). Es decir, todavía se conserva, consciente o inconscientemente, el binomio civilización/barbarie como signo discriminador de las realidades socioculturales latinoamericanas. Esto a tal nivel que: “Mientras que las formas carnavalescas importadas de Europa, o sea, el carnaval veneciano, eran incentivadas y valoradas, el carnaval popular era reprimido al considerársele fuente potencial de disturbios” (Ortiz, 2000: 49). En estas circunstancias histórico-sociales, ¿cómo hablar entonces de modernidad, y menos de posmodernidad latinoamericanas?

Inclusive, en la actualidad, América Latina se ha dejado representar como sinónimo de periferia, una perspectiva que se puede encontrar en casi todos los elementos de la cultura foránea, desde la literatura, el turista visitante, e incluso la cinematografía europea y norteamericana. Tercer mundo económico, como si no se habitara en un mismo globo terráqueo. Pero nunca se ha dicho sobre ella la verdad de su distancia con los llamados centros de poder (Europa y Norteamérica), y es que en realidad, los países que abarcan desde México hasta Brasil, son diferentes. Disímiles entre ellos, dentro de ellos, y en relación con los demás núcleos poderosos del mundo. Este es el verdadero error en que se ha incurrido:

Hay que subrayar entonces que no es lo mismo la modernidad en Europa que en América Latina. Incluso dentro de los países europeos, existen diversos modos de transición a la modernidad [...] Dicho de otra manera, hay modos de transición a

la modernidad según la diversidad de experiencias de cada país. En el caso de los países latinoamericanos, existen tradiciones totalmente diferentes ya sea por su pasado colonial o por su diferente composición poblacional (Arriarán, 1997: 153-154).

A partir de esta diferenciación, Arriarán considera que América Latina no ha concluido el proceso de modernidad, sino que necesita *otro*, su propio concepto de modernidad; y por esa razón, quizá también sea posmoderna, pero no de la misma manera que los países europeos (Arriarán, 1997: 27-28).

En este sentido, tal como señala Nelly Richard, hablar de posmodernidad en esta parte del planeta, resulta sumamente difícil y enlodado. Tanto por lo esquivo, indica ella, como por lo disparejo del término, así como por la resonancia de la modernidad latinoamericana como inconclusa y/o periférica. No obstante, esas explicaciones pueden ser cuestionadas bajo la lupa histórica. En primer lugar, porque no existe un consenso real en torno a un principio o un fin concretos de estas supuestas periodizaciones, ya que los procesos socio-culturales de cada porción territorial del mundo varían, se funden y confunden, entre sus nexos y disyunciones. La modernidad y la posmodernidad como discursos socio-culturales trascienden las fronteras cronotópicas, y alcanzan una relevancia más allá de la historia. Estos metarrelatos sirven para dialogar con cada una de las particularidades culturales que se encuentran actualmente en el presunto mundo globalizado.

Si se habla de modernidad periférica en Latinoamérica, los llamados centros deben reconocer que, dentro de su prevista geografía planetaria también existe la periferia, solamente que no dan cuenta de ella. Esto indica claramente que la

modernidad del centro tampoco puede considerarse como un proceso uniforme; además, la modernidad latinoamericana tuvo casos donde se asimiló e integró a la europea, como ejemplo cultural Hugo Achugar menciona las obras Vicente Huidobro o Torres García (1994: 247).

No se puede obviar que esta América Latina está inserta, lo quiera o no, en pleno siglo XXI, donde los cambios tecnológicos, las telecomunicaciones, los avances científicos, y otros, la han tocado de algún modo. El llamado mundo globalizado en que se vive, repercute sobre toda el orbe, de distintas formas y con distinta intensidad. Hugo Achugar lo plantea dramáticamente: "...una sociedad telecomunicada donde lo local es disuelto por la imagen que un imaginario transnacional triunfal ofrece al planeta en un intento de homogenización rayando en la soberbia" (1994: 248). Homogenización parcial, como se ha dicho anteriormente, puesto que lo local se mantiene en lo cultural, sólo que se ha modificado el juego de relaciones económicas y políticas.

Ante esta situación actual, el mismo Brünner alude a que:

...las sociedades latinoamericanas han llegado a ser modernas porque, al igual que el resto de Occidente y de parte importante de la humanidad no occidental, viven en la época de la escuela, la empresa, los mercados y la hegemonía como modo de configurar el poder y el control. En todas ellas, aunque bajo distintas formas y en grados también diversos, predominan el capitalismo, la cultura de masas, hegemonías mediadas por sistemas de consenso y el interés corporativo de los empresarios, incluso en el campo público-estatal (1994: 134).

Finalmente, se acepta la modernidad latinoamericana, aunque dentro de su propia heterogeneidad. Modernidades latinoamericanas, sería la mejor designación para esta consideración; aún cuando

Larraín Ibáñez especula sobre la identidad cultural, o identidades culturales, ante el proceso globalizador, que polariza cada vez más en centro-periferia (2000: 94). Sin embargo, la preocupación no está dirigida hacia la polaridad en sí, que para este autor mantiene un tinte económico; sino, sobre el abordaje presente de esa polaridad, o sea, cuál es la visión cultural que de ella se tiene.

Una vez referido el caso de la modernidad en América Latina, surge la otra parte del problema: ¿Y la posmodernidad? Sobre esto Raymond Leslie Williams considera que el concepto de sociedad y ficción posmoderna aparecen entre los círculos de intelectuales latinoamericanos a partir de mediados de la década de los ochenta, cuando académicos del Primer Mundo desarrollan con efervescencia estudios sobre cultura indo-afro-iberoamericana (1997: viii), lo cual dio como consecuencia un verdadero debate teórico de nunca acabar. Dicho debate sobre la posmodernidad en América Latina, poco a poco fue inquiriendo tres enfoques diferentes.

En primera instancia, un rechazo inmediato, pues se considera como una “réplica enajenada”, “calco mimético” sin cabida en países subdesarrollados, donde la solidaridad y el compromiso sociopolítico eran la solución, no una idea de individualidad, de indiferencia capitalista. Dentro del grupo de críticos que se ubicaron aquí, se encuentra Jorge Larraín Ibáñez, quien radicaliza la modernidad Latinoamérica; José de San Martín considera que aún estamos condenados a la modernidad; y José Joaquín Bünner, quien en un primer lugar, arrancó de la definición de modernidad a partir de Habermas y Giddens, consideró a América Latina como pseudomoderna al ser subdesarrollada; es decir, una

modernidad latinoamericana periférica caracterizada por la heterogeneidad cultural (1991: 87) -que, paradójicamente, se enlaza con parte de la propuesta posmoderna; sin embargo, después modificaría esta aseveración.

La segunda visión sería la aceptación del concepto posmodernidad, que implicó una búsqueda de los elementos posmodernos dentro de la historia latinoamericana, a veces forzando un poco las visiones. Hugo Achugar, por su parte, establece una posmodernidad cultural latinoamericana engranada en la heterogeneidad de ésta, en su multiplicidad de formas y realizaciones.

Finalmente, se busca equilibrar las posiciones antagónicas anteriores, en cuanto a la aceptación de la modernidad y la posmodernidad, desde la perspectiva cultural, y su posibilidad dialógica, no temporal, que puedan ayudar a Latinoamérica a poseer voz propia. Así, en el año 1994, Brünner afirma que sí es posible hablar de modernidad en estos países (siempre dentro del ámbito económico y político), en cuanto a paradigma y no etapa, pero propia (1994: 134), esto lleva implícita la visión heterogénea de esa modernidad, que no sería otra cosa que el concepto de posmodernidad como continuación de una aparente modernidad anterior. Julio De Zan establece que los conceptos modernidad-posmodernidad no deben restringirse a la cultura europea, pues habría que analizar hasta qué punto América Latina es o no una cultura extra-europea, pues es el producto del mestizaje étnico y cultural (1991: 88). Por su parte, la chilena Nelly Richard, establece que si Latinoamérica debe ser considerada como premoderna sólo por la tensión irresuelta con su tradición y el vector progreso, la posmodernidad disuelve el

problema, en el sentido de que no establece contradicción, sino mezcla (avance, retraso, rito, simulacro) (1994: 217). Esta tercera posición, quizá es la más dialógica y equilibrada. Se muestra que, al hablar sobre posmodernidad en América Latina, no debe limitarse este fenómeno, ni el de la modernidad, a simples gavetas de un viejo armario histórico, sino a posicionamientos discursivos, que se pueden unir o desunir, en distintos puntos de sus respectivas narraciones socioculturales. Es decir, lo uno no agota o elimina lo otro, sino, por el contrario, se complementan, como discursos narrativos que intentan explicar la(s) realidad(es) del entorno histórico, social y cultural.

También, es definitivo que Latinoamérica es diferente a los centros: Europa-Norteamérica. Ha sido y es, la alteridad mestiza, símbolo de la heterogeneidad: “Nuestra diferencia es doble, es una diferencia histórica, de sucesión, y ontológica, de composición [...] los pueblos latinoamericanos son “pueblos nuevos”, portadores de una cultura posterior, poseuropea; pero que son también potencialmente más ricos, porque han incorporado otros componentes étnicos y culturales extraeuropeos” (De Zan, 1991: 90).

El error ha radicado no sólo en la periodización de las nociones discursivas (modernidad/posmodernidad), sino, en creer que son siempre iguales los procesos en cada lugar del mundo. Error en creer que, la llamada periferia y el llamado centro deben, necesariamente, responder en forma idéntica a cada uno de estos metarrelatos socio-culturales. Incluso el mismo Larraín Ibáñez afirma que: “el posmodernismo parece apoyar al discurso latinoamericano que intenta no ser reducido a los modelos europeos y que afirma su carácter único y su propia especificidad” (2000: 184).

Raymond Leslie Williams indica que: “My point of departure is the assumption that Latin America is concurrently a region of premodern, modern, and postmodern societies, a fact supported by numerous scholars (1997: v y vi). Esta propuesta es compartida por Néstor García Canclini, al creer que América Latina es la conjunción de lo premoderno, lo moderno y lo posmoderno. Es un territorio complejo, rico, articulación diversa de lógicas y problematizaciones (1990: 23). En efecto, estos planteamientos teóricos no deben tomarse como totalizadores, sino como lecturas culturales, que dependen del ojo que las observe.

“La tendencia a evaluar otras culturas en términos de la propia lleva a la arrogancia cultural. Los valores e ideales de diferentes culturas son inconmensurables e irreducibles entre sí” (2000: 78). Estas palabras de Larraín Ibáñez, parecen un tanto ambiguas cuando se toca el tema de la posmodernidad latinoamericana, al ser él uno de los principales opositores a incluirla en esta cartografía cultural. Sin embargo, tienen una autenticidad absoluta y contundente dentro de esta reflexión discursiva, ya que la posmodernidad, en América Latina, puede resultar ambigua, en tanto que soporta ventajas y desventajas -de acuerdo con el posicionamiento que se asuma.

Los países latinoamericanos son parte interdependiente de esta red de mundialización cultural, como expresa Nelly Richard; por ende, sea deseado o no, participan de esa coyuntura, como participan de la existencia en el mismo planeta: conjunto variado de elementos interconectados mediante sus similitudes y/o diferencias. Entonces, cabe preguntar ¿cuál es el aporte de ese discurso posmoderno al territorio cultural latinoamericano?

Samuel Arriarán escribe que: “La modernidad en América Latina requiere de las aportaciones de algunos posmodernos, en cuanto que también necesitamos fundamentar una posición relativista moderada contra la re-instrumentalización de la razón en términos de un exagerado universalismo abstracto” (1997: 18). Por lo tanto, la respuesta sobre el aporte del discurso posmoderno, depende del provecho que la misma América Latina saque de los postulados involucrados, así como de las puertas que la posmodernidad está abriendo, y que por mucho tiempo le estuvieron rotundamente cerradas.

Una de las puertas más importantes que abre la posmodernidad es, precisamente, la inversión de la representación *centro/periferia* de la modernidad. Richard explica que: “El eje centro-periferia fue diagramado por la modernidad para someter la red de signos y funciones de los intercambios internacionales a la regulación metropolitana de un Centro facultado para decidir mientras la Periferia se limitaba a ejecutar” (1994: 220). En las tierras latinoamericanas, dicho diagrama ha sido dicho con variadas denominaciones, como las oposiciones: civilización/barbarie, cultura/salvajismo, blancos/mestizos, metrópolis/selva, desarrollo/subdesarrollo, primer-mundo/tercer-mundo, sujeto/objeto, o mismidad/alteridad. En Latinoamérica se ha visto fungir el modelo: la imposición del yo-centro (Europa-Norteamérica) que decide y el otro-periferia (Latinoamérica) que ejecuta; el primero se apropia de la palabra=verbo=voz de la existencia, y el segundo es no-palabra=no-verbo=silencio de la inexistencia.

La posmodernidad plantea el rompimiento con la razón científica de la modernidad, a partir del cuestionamiento

de los núcleos de poder legitimados por aquella. Esto genera una descentralización, tal que: “[...] el pensamiento posmoderno viene a dar jaque a las condiciones epistemológicas del proyecto centrado de la modernidad [...] En Latinoamérica se ha ido articulando, paralelamente y hasta con anticipación a los balances posmodernos, un cuestionamiento no menos radical de las lógicas moderno-tradicionales, enfrentándose a ideas que diseñaban lo moderno del continente bajo el signo de lo deficitario y lo complementario, o como visión de cumplimiento utópico” (Herlinghaus y Walker, 1994: 14). En realidad, es una crisis de las totalidades, establecidas por la Ilustración con la finalidad de ejercer el poder.

La crisis de la posmodernidad plantea un descreimiento de los absolutos, de modo que favorece, en cierta medida, el protagonismo de la periferia latinoamericana y la reivindicación de la alteridad. América Latina, quien ha sido lo “otro”, puede asumir la palabra, y no sólo escuchar o ser dicha por el yo, sino, decirse a sí misma. Asumir la voz, tener existencia propia desde su estado de periferia protagónica en la posmodernidad, tal como lo expone Nelly Richard: “Esto favorecería las subculturas del margen y la periferia hoy invitadas por el Centro a formar parte de esta nueva modulación anti-totalitaria de lo jerarquizado” (1994: 220).

Asimismo, la relación sujeto-objeto queda anulada, puesto que la idea del objeto dependiente-dicho-manipulado por el sujeto se desvanece. La posmodernidad establece entre ambos elementos (objeto-sujeto) una mutua interdependencia y manipulación. Es decir, el tradicional objeto (América Latina) se transforma en sujeto, desde su periferia, y como expone Achugar: “El sujeto central en un acto de

soberbia imperial narra su historia como la historia. En la periferia, el sujeto que narra conoce su situación marginal y si en algunos casos *olvida* (entre muy notorias comillas) esta situación y asume una voz central el efecto es el de la parodia o el del simulacro. La voz marginal que se traspasa central es también una realización de su situación” (1994: 254). La historia institucionalizada pierde fiabilidad al ser enunciada sólo por una pieza participante, y surge la llamada historia oculta, la no existente hasta entonces; la cual integra todo lo que no dijo el Centro, pero que ahora el sujeto periférico grita y denuncia. Ejemplo claro fue el advenimiento de la celebración a los 500 años del choque catastrófico de culturas (aborígenes-europeos), dado con la llegada de Cristóbal Colón a estas Nuevas Indias. Surgieron textos, simposios, investigaciones.

Con la posmodernidad, e incluso antes de ella (como mencionan Herlinghause, Walker y Richard), América Latina ha utilizado la parodia, el pastiche, el simulacro y la simulación como vicio imitativo, ante la etiqueta *falta de originalidad e imitación simple*, provocadas precisamente por la imposibilidad de decirse. El territorio latinoamericano asumió el carnaval como forma de teatralizar y sobreactuar el Centro, para reírse de él y desacralizar, desmitificar y desvirtuar su supuesta autoridad: “...sacó partido a ese déficit de originalidad exagerando la copia como vocación autoparódica. La exacerbación retórica de esa fascinación por la copia como rito plagiaro y comedia ilusionista de una latinoamericanidad que le debe más a la ficción derivativa de las apropiaciones que a la verdad originaria de lo propio” (Richard, 1994: 219).

Esta convergencia de elementos latinoamericanos combinados y diversos

(simulacro, carnaval, pastiche, parodia, rito, sacrilegio, retraso, avance), forman parte de la heterogeneidad cultural que constituye el tejido múltiple de América Latina: “...el problema de la identidad pasa no solamente por la demanda de justicia social, sino también por la demanda de nuestra diferenciación cultural [...] esto significaría algo así como la necesidad de no ser reducidos a una sola racionalidad o al simple sometimiento a la razón europea occidental (Arriarán, 1997: 97-98).

Hasta cierto punto, América Latina vendría a ser una precursora de la posmodernidad, en el sentido de integrar sin romper sus diversas manifestaciones culturales; es decir, configurar un riquísimo sincretismo cultural. Esta heterogeneidad cultural finisecular juega un papel tan importante, que se cuestiona la antigua búsqueda de similitudes sustanciales entre lo mismo y lo otro, proponen Herlinghause y Walker (1994: 19).

La América mestiza, producida por la mezcla, contiene esa heterogeneidad cultural de lo posmoderno. Pero se explica que: “Heterogeneidad cultural significa algo bien distinto a culturas diversas (subculturas) de etnias, clases, grupos o regiones, o mera superposición de culturas..., y dilucidan que esta denominación tiene una doble visión, participación segmentada en el mercado mundial de mensajes y símbolos hegemónicos y de participación diferencial según códigos locales de recepción, grupales e individuales, en el movimiento incesante de circuitos de transmisión que cubren desde la publicidad hasta la pedagogía” (Herlinghause y Walker, 1994: 16, citando a Carlos Monsiváis). En este concepto se incorpora lo popular, lo tradicional, junto con lo internacional o global, sin anulaciones;

es en sí una búsqueda, antiacadémica para algunos, de una re-lectura identitaria a partir de una voz propia.

América Latina debe sacar provecho de esas fisuras que se dan dentro del sistema de autoridad cultural del pensamiento central, a partir de los planteamientos del cuestionamiento, relativismo y escepticismo de la posmodernidad (Richard, 1994: 214). Ese es el aporte verdadero de este discurso cultural, a estas periferias muchas veces abandonadas, utilizadas, explotadas, colonizadas y relegadas.

También, si los acontecimientos vividos enseñan algo, debe abordarse el discurso de la posmodernidad en lo que tiene de productivo, con cautela y selección. Puesto que todo extremo o inversión es perjudicial, se debe recordar que tanto la modernidad como la posmodernidad son formas de lectura, discursos, pero nunca totalizaciones que absolutizan sus propuestas. Por el contrario, bien asumidas complementan el panorama teórico de los actuales estudios sobre cultura.

No se puede llegar a una pérdida total de fe, a "...un nihilismo negativo, que amenaza con destruir nuestra condición de sujetos históricos, nuestra comunidad como pueblo y como comunidad de pueblos y nuestra exigencia comunitaria de vivir la justicia hacia adentro y hacia fuera" (1991: 22), como propone Scannone. Se debe ver la esperanza y desesperanza, en la posmodernidad, como posibilidad de reflexión y autocrítica, reivindicadoras y equitativas. El negativismo, el desencanto, la separación intolerante con el otro, y la falta de compromiso humano, nunca serán resultado de una sana actitud crítica. Por ello, tampoco se debe llegar al extremo y centralizar los márgenes, pues sería solamente una inversión de roles.

Los temidos resultados, que profetizan los detractores de la posmodernidad latinoamericana (como Larraín Ibáñez o García Delgado), no son exclusivos de esta, ya que pueden darse en otras formas de lectura cultural. La dificultad radica en analogar lo político-económico con lo socio-cultural, pues, aunque se atraviesan no deben confundirse tan enérgicamente, que pueda generar falsas similitudes y hasta visiones apocalípticas. El posmodernismo ayuda a revisar la modernidad latinoamericana, desde la Conquista y el subsiguiente proceso de formación de identidades de estos pueblos. Tal como lo indica Arriarán, aunque se vea como contradicción el posmodernismo ayuda a redefinir y evitar la radicalización de la modernidad, por ende abre espacios de reflexión (Arriarán, 1997: 213-215).

A partir de todo esto, se puede establecer una re-visión del proceso de construcción de las identidades de los pueblos latinoamericanos, a través del vector modernidad/posmodernidad. Las convergencias y divergencias que plantea este debate teórico, permiten asumir las contradicciones en lo que se ha dicho, y a partir de ellas retomar la constitución de la autoimagen de cada pueblo.

"En la medida que el posmodernismo (lo entiende como posmodernidad) expresa una preocupación por el *otro* latinoamericano y una oposición a las visiones totalizantes que reducen la diferencia a la uniformidad, podría jugar un rol positivo" (Larraín Ibáñez, 2000: 193). La posmodernidad latinoamericana debe observarse como una posibilidad narrativa para apropiarse la palabra y decirse, no sólo ser dicha. Desestabilización del centro, desacralización y, finalmente, asumirse en su heterogeneidad de voces,

que relativizan las visiones, posiciones y discursos totalizadores, de modo que, sin un centro que dice y un margen que ejecuta, se logre alcanzar una equidad humano-cultural.

Bibliografía

- Achugar, Hugo. "Fin de siglo. Reflexiones desde la periferia". *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Compilado por Hermann Herlinghaus y Monika Walker. Berlín: Langer Verlag Berlín, 1994, 233-255.
- Anderson, Perry. "Modernidad y revolución". *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis*. Compilado por Nicolás Casullo. Argentina: Puntosur Editores, 1989, 92-116.
- _____. *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000.
- Arriarán, Samuel. *Filosofía de la posmodernidad. Crítica a la modernidad desde América Latina*. México: Universidad Autónoma de México, 1997.
- Berman, Marshall. "Brindis por la modernidad". *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis*. Compilado por Nicolás Casullo. Argentina: Puntosur Editores, 1989, 67-91.
- _____. "Las señales en la calle (Respuesta a Perry Anderson)". *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis*. Compilado por Nicolás Casullo. Argentina: Puntosur Editores, 1989, 117-130.
- Brünner, José Joaquín. *Cartografías de la modernidad*. Santiago de Chile: Dolmen Ediciones, 1994.
- Brünner, José Joaquín y Gomáriz, Enrique. *Modernidad y cultura en América Latina*. San José: FLACSO, 1991.
- Crespi, Franco. "Modernidad, la ética de una edad sin certezas". *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilado por Nicolás Casullo. Buenos Aires: Puntosur Editores, 1989, 229-258.
- De Zan, Julio. "Latinoamérica: ¿premoderna o poseuropea?". *Modernidad y posmodernidad en América Latina*. Compilado por D. J. Michelini, J. San Martín y Fernando Lagrave. Argentina: ICALA, 1991, 73-94.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. 20ma. ed. Madrid, España: Editorial Espasa-Calpe, 1984.
- Diccionario Pequeño Larousse Ilustrado*. Barcelona: Editorial SPES, 2002.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo, 1990.
- García Delgado, Daniel. "Modernidad y posmodernidad en América Latina: una perspectiva desde la ciencia política". *Modernidad y posmodernidad en América Latina*. Compilado por D. J. Michelini, J. San Martín y Fernando Lagrave. Argentina: ICALA, 1991, 43-62.
- Giddens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Editorial Alianza, 1999.
- González, Mercedes. "Arte y posmodernidad: Ecos metafóricos de lo irracional". *Cien años de literatura hispanoamericana. 1898-1998*. San José: EUCR, 1998, 115-126.
- Gutiérrez Mouat. "Autoridad moderna y posmoderna en la narrativa hispanoamericana". *Nuevo Texto Crítico*, III.6 (jul.-dic., 1990): 121-134.
- Habermas, Jürgen. "Modernidad, un proyecto incompleto". *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis*. Compilado por Nicolás Casullo. Argentina: Puntosur Editores, 1989, 131-144.
- Herlinghaus, Hermann y Walker, Monika. 1994. "¿'Modernidad periférica' versus 'proyecto de la modernidad'? Experiencias epistemológicas para una reformulación de los 'pos'modernos desde América Latina". *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Compilado por Hermann Herlinghaus y Monika Walker. Berlín: Langer Verlag Berlín, 1994, 11-47.

- Hopehayn, Martin. *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Infantino, Lorenzo. "Marx contra la modernidad". *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilado por Nicolás Casullo. Buenos Aires: Puntosur Editores, 1989, 194-217.
- Huyssen, Andreas. "Guía del posmodernismo". *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilado por Nicolás Casullo. Buenos Aires: Puntosur Editores, 1989, 266-317.
- Jameson, Frederic. *El Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Editorial Paidós, 1995.
- Kohut, Karl. "Introducción". *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Compilado por Karl Kohut. Frankfurt-Madrid: Americana Eytettensia, 1997, 9-26.
- Lanz, Rigoberto. "Esa incómoda posmodernidad". *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*. Compilado por Roberto Follari y Rigoberto Lanz. Caracas: Sentido, 1998, 77-118.
- Larraín Ibáñez, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. 2da. ed. Chile: Editorial Andrés Bello, 2000.
- Lyon, David. *Posmodernidad*. Madrid: Editorial Alianza, 1997.
- Lytard, Jean François. *La condición posmoderna*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1998.
- . "Rescribir la modernidad". *Revista de Occidente*, 66 (1986): 23-33.
- . "¿Qué era la posmodernidad?". *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilado por Nicolás Casullo. Argentina: Puntosur Editores, 1989, 155-166.
- Maldonado, Tomás. "El movimiento moderno y la cuestión post". *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis*. Compilado por Nicolás Casullo. Argentina: Puntosur Editores, 1989, 259-265.
- Maliandi, Ricardo. *Dejar la posmodernidad: La ética frente al irracionalismo actual*. Buenos Aires: Editorial Almagedo, 1993.
- Mansilla, H.C.F. *Los tortuosos caminos de la modernidad. América Latina entre la tradición y el posmodernismo*. La Paz, Bolivia: Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios, 1992.
- Mendieta, Eduardo. "La geografía de la utopía: Regímenes espacio-temporales de la modernidad". *Cuadernos Americanos*, I.67 (ener-feb., 1998): 238-255.
- Ortiz, Renato. "América Latina. De la modernidad incompleta a la modernidad mundo". *Nueva Sociedad*, 166 (mar-abr., 2000): 44-61.
- Richard, Nelly. "Latinoamérica y la posmodernidad". *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Compilado por Hermann Herlinghaus y Mónica Walter. Berlín: Langer Verlag, 1994, 210-222.
- Rodríguez Cascante, Francisco. "Hibridación y heterogeneidad en la modernidad latinoamericana: la perspectiva de los estudios culturales". *Revista Comunicación*, XII.1 (ene.-jun., 2002): 71-92.
- Rojas Osorio, Carlos. *La filosofía en el debate posmoderno*. Heredia, Costa Rica: EUNA, 2003.
- San Martín, José. "¿Condenados a la modernidad?". *Modernidad y posmodernidad en América Latina*. Compilado por D. J. Michelini, J. San Martín y Fernando Lagrave. Argentina: ICALA, 1991, 119-134.
- Scannone, Juan Carlos. "Modernidad, posmodernidad y formas de racionalidad en América Latina". *Modernidad y posmodernidad en América Latina*. Compilado por D. J. Michelini, J. San Martín y Fernando Lagrave. Argentina: ICALA, 1991, 11-28.
- Subirats, Eduardo. "Transformaciones de la cultura moderna". *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilado por Nicolás Casullo. Buenos Aires: Puntosur Editores, 1989, 218-228.

- Todorov, Tzvetan. *La Conquista de América*. México: Siglo XXI Editores, 1987.
- Vattimo, G. y otros. "Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente?". *En torno a la posmodernidad*. Colombia: Editorial Anthropos, 1994, 9-19.
- Wellmer, Albrecht. "La dialéctica de modernidad y posmodernidad". *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis*. Compilado por Nicolás Casullo. Argentina: Puntosur Editores, 1989, 319-356.
- Williams, Raymond L. *The postmodern novel in Latin America. Politics, Culture, and the Crisis of Truth*. 2da. ed. Estados Unidos: Editorial MacMillan, 1997.
- Zea, Leopoldo. "Modernización y Estado en Latinoamérica". *Modernidad y posmodernidad en América Latina*. Compilado por D. J. Michelini, J. San Martín y Fernando Lagrave. Argentina: ICALA, 1991, 63-74.

